

La República llegó en abril de 1931 de forma pacífica, con celebraciones populares en la calle y un ambiente festivo donde se combinaban esperanzas revolucionarias con deseos de reforma y cambio. Apenas cinco años después, esa República estaba defendiéndose en una guerra civil a la que le había llevado un golpe de Estado.

La Segunda República pasó dos años de relativa estabilidad, un segundo bienio de inestabilidad política y unos meses finales de acoso y derribo. Tuvo que enfrentarse a fuertes desafíos y amenazas desde arriba y desde abajo. Su ingente obra de reformas políticas y sociales abrió un abismo entre varios mundos culturales antagónicos, entre católicos practicantes y anticlericales convencidos, amos y trabajadores, Iglesia y Estado, orden y revolución.

Las dificultades que en España encontraron la democracia y la República para consolidarse procedieron de varios frentes. En primer lugar, resultó muy complicado consolidar una coalición estable de republicanos y socialistas, entre los representantes de un sector amplio de las clases medias y los de un sector también amplio de las clases trabajadoras urbanas. Ese proyecto común, que surgió en el verano de 1930 del pacto de San Sebastián y que presidió los primeros meses de la República, duró apenas dos años. Los republicanos más conservadores y católicos se desmarcaron ya del proyecto en octubre de 1931, con motivo del debate sobre la cuestión religiosa y de sus desacuerdos con el alcance de otros proyectos reformistas, principalmente el agrario y la legislación laboral puesta ya en marcha por los socialistas.

Fue precisamente la hostilidad hacia los socialistas la causa de que el Partido Radical, eje fundamental de la alianza republicana, abandonara el Gobierno y pasara a la oposición en el Parlamento en diciembre de 1931. Manuel Azaña, jefe de Gobierno tras aprobarse la Constitución, prefirió prescindir de Alejandro Lerroux, que le exigía la salida de los socialistas, y seguir con los tres representantes del PSOE en el Ejecutivo, pensando que era la mejor forma de estabilizar la República. Los apoyos parlamentarios del Gobierno se redujeron así considerablemente, porque los radicales habían obtenido 94 diputados en las elecciones constituyentes de ese año y las clases medias se dividían todavía más. El Partido Radical tenía detrás a un buen número de funcionarios,

# ¿Por qué la República no pudo sobrevivir?

JULIÁN CASANOVA

artesanos y profesionales liberales, como los tenían los republicanos de izquierda, pero también a empresarios y patronos que no comulgaban con las ideas y los proyectos de la izquierda.

Por abajo, lo que se supone que iba a ser la incorporación de la clase obrera al Gobierno y a la administración del Estado encontró desde el principio importantes límites, porque en la sociedad española había un potente movimiento anarcosindicalista que prefería la revolución como alternativa al gobierno parlamentario. Algunos de los grupos más puros de ese movimiento se lanzaron a la insurrección, en enero de 1932 y enero y diciembre de 1933, como método de coacción frente a la autoridad establecida. Sin embargo, como la historia de la República muestra, desde el principio hasta el final, el recurso a la fuerza frente al régimen parlamentario no fue patrimonio exclusivo de los anarquistas ni tampoco parece que el ideal democrá-

tico estuviera muy arraigado entre todos los sectores políticos republicanos o entre los socialistas, quienes ensayaron la vía insurreccional en octubre de 1934, justo cuando incluso los anarquistas más radicales la habían ya abandonado.

Frente a las reformas políticas y frente al lenguaje y prácticas revolucionarias, las posiciones antirrepublicanas crecían a palmas entre los sectores más influyentes de la sociedad como los hombres de negocios, los industriales, los terratenientes, la Iglesia o el Ejército. La CEDA, creada a comienzos de 1933, el primer partido de masas de la historia de la derecha española, se propuso defender la "civilización cristiana", combatir la legislación "sectaria" de la República y "revisar" la Constitución. Cuando esa "revisión" de la República en un sentido corporativo y autoritario no fue posible efectuarla a través de la conquista del poder por medios parla-

mentarios, sus dirigentes, afiliados y votantes comenzaron a pensar en métodos violentos. Sus juventudes y los partidos monárquicos ya habían emprendido la vía de la fascificación bastante antes. A partir de la derrota electoral de febrero de 1936, todos captaron el mensaje, sumaron sus esfuerzos para conseguir la desestabilización de la República y se apresuraron a adherirse al golpe militar.

El hundimiento del Partido Radical en diciembre de 1935, tras la salida a la luz de una serie de escándalos de corrupción, dejó a la República sin centro político. No había derecha liberal y no se podía contar con las masas católicas para las reformas, por muy moderadas que éstas fueran. La República, por lo tanto, tampoco pudo consolidarse desde arriba, fundamentalmente porque esos grupos no creían en ella y la coalición gubernamental de centro-derecha del segundo bienio se desintegró. En los prime-

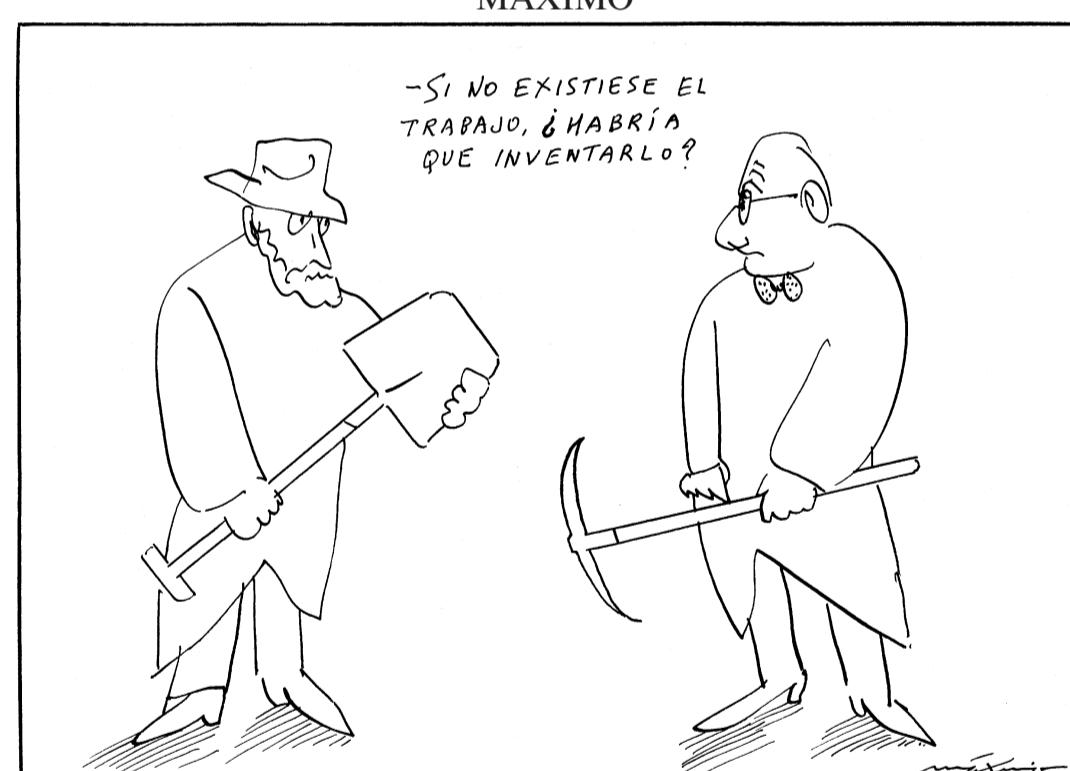
ros meses de 1936, el amplio espacio político de la CEDA lo comenzaron a ocupar las fuerzas extraparlamentarias y antisistema de la extrema derecha.

Algunos autores buscan la causa del "fracaso" de la República, pues ése es el término que suele utilizarse, en el territorio de la política, y más concretamente en la "polarización" y en la violencia política. Sin embargo, las manifestaciones más extremas de esa violencia, las insurrecciones anarquistas de 1932 y 1933 y la socialista de octubre de 1934, fueron reprimidas y ahogadas en sangre por las fuerzas armadas del Estado republicano. Mientras las fuerzas armadas y de seguridad se mantuvieron unidas y fieles al régimen republicano, los movimientos insurreccionales pudieron sofocarse.

Esas graves alteraciones del orden, como lo había sido ya la rebelión del general Sanjurjo en agosto de 1932, hicieron mucho más difícil la supervivencia de la República y del sistema parlamentario, pero no causaron su final, ni mucho menos el inicio de la guerra civil. En febrero de 1936 había habido elecciones libres y existía un Gobierno que emprendía de nuevo el camino de las reformas, con una sociedad, eso sí, más fragmentada y con la convivencia más deteriorada. El sistema político, por supuesto, no estaba consolidado y, como pasaba en todos los países europeos, posiblemente con la excepción de Gran Bretaña, el rechazo de la democracia liberal a favor del autoritarismo avanzaba a pasos agigantados.

Nada de eso, sin embargo, conducía necesariamente a una guerra civil. Ésta empezó porque una sublevación militar debilitó y socavó la capacidad del Estado y del Gobierno republicano para mantener el orden. El golpe de muerte a la República se lo dieron desde dentro, desde el propio seno de sus mecanismos de defensa, los grupos militares que rompieron el juramento de lealtad a ese régimen en julio de 1936. La división del Ejército y de las fuerzas de seguridad impidió el triunfo de la rebelión. Pero al minar decisivamente la capacidad del Gobierno para mantener el orden, ese golpe de Estado dio paso a la violencia abierta, sin precedentes, de los grupos que lo apoyaron y de los que se oponían. En ese momento, y no en octubre de 1934 o en la primavera de 1936, comenzó la guerra civil.

Julián Casanova es catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza.



## Aprender de memoria

JOSÉ R. AYASO

culto no se cansan de proclamar que la memoria es un deber y el olvido un pecado. Los contenidos de la memoria se constituyen en verdades indiscutibles que no admiten ningún tipo de acercamiento crítico. Se nos inocula el miedo a que se pierdan y, obsesionados por conservarlos, no reflexionamos lo suficiente sobre los mecanismos nada inocentes que han intervenido en la edición de la memoria. La principal característica de esa construcción artificial que

llamamos memoria colectiva es su inflexibilidad y su simplicidad. Si exceptuamos ciertos acontecimientos terribles como el Holocausto y otros genocidios, la realidad histórica se nos revela mucho más compleja que la versión en blanco y negro, sin posibilidad de tonos de grises, que nos proporciona la memoria. De ahí que memorias como las que aparecen en los artículos citados sean por lo general difícilmente reconciliables.

La memoria tradicional judía insiste en los tonos sombríos, negros, dramáticos de su vida en la *Ghut* (exilio, deportación). Ciertamente, los judíos nunca tuvieron una vida fácil, pero, tal como muestra la investigación histórica, no todo fue tan absolutamente negativo. Con todo, resulta muy difícil romper la hegemonía de esa "memoria victimista", y más cuando este pueblo ha visto de frente la cara del Mal en el corazón de la civilizada Europa.

No, muy al contrario, se ha visto reforzada con la teoría del antisemitismo eterno, de un odio al judío que recorre la columna vertebral de la historia judía (véase, por ejemplo, la obra de Ben Zion Netanyahu).

Entre los mecanismos de control social que actuaban dentro de las juderías, el control de la memoria fue el más importante. No hubo un muro más seguro que el miedo a verse arrojados a un mundo exterior donde se les odiaba, perseguía y mataba. Los judíos han vivido con miedo, con las maletas hechas debajo de la cama, y siguen viviendo con miedo. Como en el pasado, la idea del antisemitismo eterno tiene la misma función, muy especialmente a través de la historiografía sionista.

Pasa a la página siguiente

En las últimas semanas se han publicado en la sección de Opinión de este periódico dos artículos sobre el pasado reciente de los judíos en Marruecos que recogen las memorias enfrentadas de sus protagonistas judíos y musulmanes: *Memoria rota de los judíos del norte de Marruecos*, de la escritora judía Esther Bendahan (29 de marzo), y *Patología de la memoria*, del novelista marroquí Edmond Amran el Maleh (19 de abril). He creído que podría ser interesante para los lectores presentar un tercer punto de vista: la opinión de alguien que, como yo, observa desde fuera, no está directa y emocionalmente implicado en los acontecimientos.

Vivimos tiempos de un desmedido culto a la memoria. Los heraldos y sumos sacerdotes de este

## Aprender de memoria

Viene de la página anterior  
nista que es la versión que se enseña en los colegios de ese *macroghetto* en el que, por desgracia, se está convirtiendo el Estado de Israel.

En otras ocasiones, la memoria colectiva de un pueblo se nutre de la nostalgia por un paraíso perdido del que, por lo general, fueron arrojados de manera traumática. La península Ibérica, como tierra de frontera, ha sido una de las principales zonas productoras de nostalgia: cristianos, judíos y musulmanes hispanos han visto en algún momento cómo se derrumbaba su mundo. De la misma manera que los judíos sefardíes, en los hogares de los refugiados palestinos las abuelas conservan unas llaves que ya nada abren, y unos ma-

pas que no conducen a ningún lado. El mito de Al-Andalus es un buen ejemplo de esta memoria nostálgica que se está haciendo tan popular. Se ha convertido en el ejemplo más depurado de la "leyenda blanca" acerca de la actitud del mundo árabe-musulmán hacia los judíos. La investigación histórica, los testimonios de las fuentes y documentos contradicen al mito, pero el mito resiste, es fuerte y, en cierto sentido, es necesario, interesa que siga funcionando. Si los judíos han visto su vida entre cristianos y musulmanes como un valle de lágrimas, en las memorias de los países árabes prevalece una visión amable de su actitud hacia los judíos. Una actitud tolerante, generosa, paternalista (y caprichosa) de la que no han sido correspondidos con la gratitud que se merece.

En las argumentaciones que dan en sus artículos Bendahan y El Maleh están ambos tipos de memoria. Una recuerda al grupo

que visitó escoltado el cementerio judío de Tetuán. El otro le responde de que el Mellah de Tetuán nunca fue un *ghetto* de reclusión, sino un barrio abierto en el que vivían incluso familias musulmanas. Ambos tienen razón, tienen razones, pero están equivocados, y se equivocan porque niegan las memorias del otro.

El Ángel de la Historia del célebre pasaje de Walter Benjamin ve con horror el sufrimiento de las víctimas del progreso. Si, una vez superada la primera impresión, volviera a mirar, se daría cuenta de que lo que creía un cuerpo homogéneo es en realidad una compleja marea de sufrimiento donde no sólo hay víctimas, sino víctimas de las víctimas, víctimas de las víctimas de las víctimas, etc.

La memoria es muy importante, debemos cuidarla, y una manera de cuidarla es "mejorarla", enfrentándonos críticamente con nuestro pasado y con el pasado

de los otros. La memoria victimista, que nos autoexculpa de toda responsabilidad, pues el mal está fuera, debe aceptar lo que la investigación histórica va sacando a la luz. La memoria de "edades de oro", igualmente autoexculpataria, debe enfrentarse con la memoria de los otros, de los olvidados del tipo que sea, testigos de las miserias que esconden esas idílicas construcciones del pasado.

La contribución de la experiencia judía a la actual cultura de la memoria ha sido fundamental. Los judíos fueron los primeros en levantar su voz discordante con la versión oficial de nuestro pasado. Siguiendo su ejemplo, y siendo como somos los humanos de natural olvidadizos, son frecuentes las voces disidentes que nos reprimen porque les hemos olvidado, o porque no concedemos suficiente atención al contenido de sus "memorias rotas". Aunque sean parciales y discutibles, no podemos reaccionar ante estas memorias in-

cómodas calificándolas de patológicas. O despreciarlas sin más como producto de una supuesta manipulación sionista. Que los judíos recuerden su pasado común con nosotros como algo traumático debe llevarnos a replantearnos los contenidos de nuestra memoria colectiva.

Aprender de memoria, como se aprendía la lista de los reyes godos que tanto protagonismo ha tenido en chistes y anécdotas sobre la educación en España, no es bueno. Lo importante es aprender de la memoria. O, dicho de otro modo, tener una memoria que aprende, una memoria dinámica y crítica que contribuya a una cultura del perdón. Porque si difícil es pedir perdón, es aún más difícil y raro que se perdone. ¿Dónde están las ciudades bíblicas de refugio?

**José R. Ayaso**, departamento de Estudios Semíticos de la Universidad de Granada.

## CARTAS

### AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 15 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico:

CartasDirector@elpais.es

Andalucía@elpais.es

Bilbao@elpais.es

Catalunya@elpais.es

Valencia@elpais.es

Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: [www.elpais.es](http://www.elpais.es)

### La deuda externa

Un país como Kenia invierte 17 veces más en pagar su deuda externa que en programas contra el sida. Este ejemplo, de por sí revelador, no es un caso aislado: difícilmente se podrá acabar con la pobreza si no se toma muy en serio el problema de la deuda. Por ello, resulta preocupante que la Ley de Deuda Externa que debate una comisión del Parlamento no muestre avances significativos en esta materia.

Asimismo, me cuesta comprender que los medios de comunicación apenas se hagan eco del debate de una ley que pretende afrontar una cuestión fundamental para millones de personas. ¿No sería necesario que, junto al debate parlamentario, se abriera también un debate social sobre lo que constituye actualmente un gravísimo problema? Quizá también éste sea el momento de plantearnos quién debe a quién, de preguntarnos si el Norte no debe asumir una deuda moral, una deuda social y ecológica con un Sur que, durante demasiado tiempo, se ha visto únicamente como una fuente barata de materias primas.— **José Luis Gómez Toré**. Torrelodones, Madrid.

### 20 años después

Los 20 años de la Ley General de Sanidad (LGS) son un buen momento para hacer una valoración de la misma.

La LGS significó cuatro grandes avances: el principal es que

## Extrañas ayudas científicas

El pasado 28 de abril se publicó en el BOE una resolución del Instituto de Salud Carlos III (Ministerio de Sanidad y Consumo) por la que se convocaban ayudas predoctorales "para la formación del personal investigador...", en el marco del Plan Nacional de I+D+i 2004-2007". La sorpresa fue cuando descubro que en el apartado *Prioridades* se dice que, realmente, se trata de "ayudas predoctorales para la formación en gestión de la investigación", y que, por tanto, y en contradicción con lo anterior, sus prioridades no tienen que adecuarse a los "objetivos y criterios establecidos en el Plan Nacional de I+D+i 2004-2007". Igualmente, se dice que "los becarios y contratados con cargo a estas ayudas podrán compatibilizar su formación con la realización del doctorado". Es decir, se trata de becas predoctorales, cuyo objetivo no es hacer la tesis doctoral. ¿Cabe más contradicción? La gestión de la investigación es un aspecto importante de los organismos públicos que financian la actividad científica, pero no creo que eso sea investigación científica propiamente dicha. La posición de nuestro país en la cola de la UE en cuanto a inversión en investigación no recomienda gastar dinero en becas predoctorales cuyo verdadero objetivo no parece que sea hacer investigación científica. Quizá esté equivocado y se trata de promover una nueva disciplina científica: investigación en gestión de la investigación.— **Pablo Hernández Valenzuela**. Centro de Investigaciones Biológicas, CSIC.

universalizó el derecho a la atención sanitaria, convirtiéndolo en un derecho para toda la población española. Este hecho, que hoy nos parece obvio, es el factor que más contribuye al gran aprecio internacional en que se tiene a nuestro Sistema Nacional de Salud (SNS). El segundo es un enfoque más salubrista incluyendo los aspectos de promoción de la salud y prevención de la enfermedad, que se complementaría con el tercero, el desarrollo y potenciación de la atención primaria de salud como la base del sistema sanitario que ha permitido una mejora en la accesibilidad y en la calidad de la atención. El último avance fue la unificación de todas las redes sanitarias públicas y la transferencia a las comunidades autónomas, acercando las decisiones para mejorar la atención sanitaria y reducir las desigualdades en el acceso, permitiendo flexibilizar la organización y planificación de los servicios de acuerdo con las necesidades de salud de los ciudadanos.

La LGS cuenta hoy con el apoyo de la inmensa mayoría de los grupos políticos, sociales y profesionales. Pero no deberían olvidarse los problemas pendientes, como son:

1. Problemas relacionados con la cobertura y la equidad, porque sigue habiendo aproximadamente un 0,3% de la población

que continúa sin ella, siguiendo además las mutualidades que son una fuente de inequidad y que deberían integrarse en el régimen general.

2. La coordinación de las actuaciones del SNS no se ha conseguido y hay una gran dispersión y pérdida de información general del SNS. La finalización del proceso transferencial y la ausencia de un Plan Integral de Salud agravan la situación.

3. Las áreas sanitarias han tenido un desarrollo irregular y más bien escaso. A la vez, está mal definido el espacio correspondiente a los municipios, dificultando su colaboración en las tareas sanitarias.

4. La poca atención prestada a los mecanismos de salud pública, de prevención y promoción, que han sido sistemáticamente postergados por los aspectos asistenciales.

5. La ausencia de desarrollo de los mecanismos de participación comunitaria y profesional facilitan situaciones conflictivas y la inadecuación entre los objetivos y las actuaciones concretas del SNS.

6. La falta de un replanteamiento de la formación, pre y posgrado, de los profesionales que la adecuara con las necesidades de salud.

Ahora es el momento de retomar e intentar solucionar las cues-

tiones pendientes, pero sin perder lo esencial de una ley que ha ayudado a que nuestro país tenga un sistema sanitario con una gran consideración internacional y unos excelentes indicadores de salud.— **Marciano Sánchez Bayle**. Médico y portavoz de la Federación de Asociaciones para la Defensa de la Sanidad Pública.

## Billetes de 500 euros

Recientemente hemos sabido que en España tocamos a 2,24 billetes de 500 euros por habitante, lo que supone que en mi casa deberíamos atesorar un *cash* de 4.480 euros sólo en billetes grandes. Casualidad: esta misma mañana pensaba en esa curiosa paradoja según la cual, al menos en el País Vasco, los ingresos medios reconocidos en las declaraciones de renta por los asalariados son sensiblemente superiores a los de los autónomos, profesionales, industriales y empresarios diversos. Ocurre año tras año, machaconamente.

Ya con la mosca detrás de la oreja y predisposto a cabreararme, me da por acordarme de esas consultas médicas (dentistas, ginecólogos, homeópatas y terapeutas variados) que por alguna oscura razón sólo aceptan pagos en efectivo (de las tarjetas, ni hablar). El caso es que la mayoría de la población trabajadora del país somos asalariados corrientes y molientes, y pagamos religiosamente e ineludiblemente unos impuestos que Hacienda se encarga de detraer de nuestras nóminas todos los meses. Y, mientras tanto, un número indeterminado de gente cobra y atesora importantes cantidades en negro, vive sustancialmente mejor que la mayoría de los asalariados (esos coches, esos pisos...), pero paga menos impuestos.

Lo mejor de todo es que a muchos de ellos, como teóricamente son "casi pobres", les dan becas para los estudios de sus hijos, les admiten en sorteos de viviendas protegidas (y a veces hasta se las adjudican) y en general se benefician de unos servicios públicos para cuyo mantenimiento contribuyen en una proporción infinitamente inferior a la que les correspondería.

Y digo yo, ¿no es todo este panorama una verdadera burla para millones de personas? Parece ser que ahora Hacienda se ha mosqueado por lo de los billetes,

pero el asunto va mucho más allá y tiene que ver con la idiosincrasia de un país en el que nos sigue pareciendo bien que los que más tienen se escaqueen y no paguen impuestos. Total, ya los pagamos los demás. Esta pequeña corrupción estructural, cotidiana y socialmente admitida no hará inmensamente rico a nadie (para eso, mejor medrar en Marbella), pero sí que lastra la modernización de un país que podría tener unos servicios públicos mucho mejor dotados.— **Kebi Jiménez**. Donostia-San Sebastián.

## De Cuatro Vientos

Desde esta carta me gustaría pedirle que su periódico deje de servir a los que están tratando de contaminar (que no informar) a la opinión pública acerca de la realidad de Cuatro Vientos.

Claramente se está tratando de crear una corriente de opinión en contra del aeropuerto. El objetivo es que su cierre nos parezca algo deseable. El caso más patético se ha producido recientemente con el accidente de dos avionetas. Toda la Prensa se ha hecho eco de la noticia y ha resaltando que las avionetas procedían de Cuatro Vientos, cuyo cierre, por cierto, ya ha sido pedido por fulano y mengano. Curiosa asociación de ideas, ¡sobretodo teniendo en cuenta que el accidente se ha producido a muchos kilómetros del aeropuerto!

La realidad es que ninguna de las razones esgrimidas para cerrar el aeropuerto resiste el más mínimo análisis. Todas ellas ocultan (malamente) la verdadera razón: los responsables del desarrollo urbano de la zona (anteriores y actuales) tienen mucho interés en que nadie les pida cuentas.

Supuestamente, el cierre del aeropuerto "permitirá" crear más viviendas para los ciudadanos. Sin embargo, la realidad es que cerrar Cuatro Vientos lo que exigirá es crear otro aeropuerto (algo bastante caro, por cierto). De modo que los ciudadanos pagarán por las viviendas y, además, por la construcción de un aeropuerto nuevo. Obviamente, una opción más barata es simplemente construir las casas en otro sitio. Vale la pena preguntarse de nuevo quién se beneficia de ello. Los ciudadanos desde luego que no. Y mientras, la prensa parece que no se está enterando de nada.— **Francisco Ríos Vallejo**. Madrid.